

dres, y sobre la ciudad aniquilada apareció el signo de la cruz, como designando el suplicio horrible. no la redención de un pueblo.

Fingió creer Cortés, y así lo comunicó á los embajadores de Moctezuma, que los mexicanos no habían tenido parte en aquellas maniobras, encargándoles dijese á su Señor, que si hasta aquel momento había sido bueno y clemente, podía no ser así en lo sucesivo.

LECCION QUINTA

Auxilio á los totonacas.—Muerte de Escalante.—Marcha de Cortés á México.—Derrotero.—Aviso á Moctezuma.—Visita del rey de Texcoco.—Encuentro de Cortés y Moctezuma.—Comitiva del monarca azteca.—Hospedan á Cortés en el suntuoso palacio de Axayacatl.

Mientras pasaban en Cholula los tremendos acontecimientos que hemos referido, en las costas de Veracruz Quaupopoca, Señor de Nautla, recibió orden de Moctezuma para perseguir á los totonacos: hizo varias felices correrías. Escalante acudió en auxilio de los totonacos y derrotó á sus enemigos, aunque perdiendo la vida de resultas de sus heridas.

Ocultó Cortés semejante desgracia cuidadosamente, y después de dejar en el mejor arreglo Cholula y de procurar la reconciliación de cholultecas y tlaxcaltecas, emprendió la marcha para México, objeto de sus ensueños más halagadores.

La marcha se emprendió en el mejor orden, haciéndose notable, para los pueblos por donde atravesaba el conjunto del ejército español con su artillería formidable, sus caballos y ginetes, y marchando con ellos los aliados aguerridos, orgullosos por hacer la campaña con los españoles.

Siguieron su camino entre los dos volcanes, haciendo parada en Izcoaco, desde donde pudieron descubrir el panorama encantador de México, con su ciudad inmensa rodeada de mil pueblos y caseríos, como flotando en las aguas sus árboles y calzadas, y su conjunto encantador que conocemos.

En este tránsito y hasta su llegada á México, Cortés recibió

viveres y obsequios, así como escuchaba quejas contra la tiranía de Moctezuma, y ofrecía remedio para todos los males que sufrían, aumentando el número de sus aliados.

Consultando Cortés el camino que debería seguir, después de escuchar varios pareceres, se decidió por el que le señalaban como más peligroso.

Antes de salir Cortés de Cholula, envió á Moctezuma recado, mostrándole extrañeza por ciertos manejos, instando en que le repugnaba que con insistencia tenaz pretendiese disuadirle á pasar á México, objeto de su viaje, y de cuyo intento no prescindiría en manera alguna, obedeciendo las órdenes de su gran Soberano.

Moctezuma entretanto, lleno de inquietud, atormentado por presentimientos funestos, en zozobra perpetua por las defeciones de sus súbditos, con verdadero horror por las relaciones de las batallas y por la hecatombe espantosa de Cholula, se retiró á hacer austera penitencia á su palacio llamado Teitlancametlatl, para implorar el auxilio de sus dioses: hizo nuevos y más valiosos presentes á Cortés, ofreciéndole amistad á su rey, pero rogándole se abstuviese de pasar adelante.

Los pueblos del valle y sus inmediaciones corrían como rios caudalosos al encuentro del ejército; la muchedumbre formaba muro á las orillas de los caminos, y el asombro se pintaba en todos los semblantes.

Siguió Cortés su marcha y recibió en Ayotzingo la visita del rey de Texcoco.

Llegó éste en su litera, sobre la cual flotaban riquísimas plumas, y le acompañaba respetuosa la nobleza; y observó un ceremonial tan circunspecto y culto, que asombró á los españoles.

Siguió su viaje el conquistador, de Ayotzingo á Cuaunahuac, hoy Cuernavaca, donde á cada paso más maravillados los españoles, contemplaban la exuberante vegetación de nuestra tierra caliente. De este lugar se dirigieron á Ixtapalapan, la de los hermosos jardines, el cesto de flores colocado á las orillas de nuestro lago.

En Ixtapalapan obsequió á Cortés Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma: detúvose la comitiva numerosa en Coyoacan, y luego, tomando la amplia y cómoda calzada de Ix-

tapalapan que conducía hasta la puerta Sur del templo mayor, marcharon para México.

La multitud que desembarcaba de las canoas; la que en avenida impetuosa llenaba las calzadas, desbordándose los habitantes en puertas, ventanas y azoteas, todos acudían á ver el tránsito de los seres para ellos sobrenaturales que visitaban aquellas regiones.

En un lugar llamado Xolo, poco distante de la ciudad, hizo alto Cortés para recibir las felicitaciones de la nobleza.

Cercano al lugar referido, se presentó Moctezuma.

Llegaba precedido por tres heraldos, que con sus largas varas de oro en las manos anunciaban la llegada del rey.

Iba éste conducido en una magnífica litera cubierta de placas de oro y coronada de penachos de vistosas plumas.

Al verlo llegar Cortés, arrogante y apuesto se apeó de su caballo y se dirigió á la litera. Moctezuma descendió de ella apoyado en los brazos de sus parientes Ixtlilxochitl y Cuitlahuatzin: coronaba su cabeza la pequeña mitra de oro, y el penacho de plumas que conocemos; pendía de sus hombros un rico manto, y calzaba cacles que tenían las plantas de oro finísimo, atados á sus pies con unas correas cuajadas de piedras preciosas.

Estrechó su mano Cortés; quiso abrazarle, pero los de su comitiva lo impidieron, porque la demasiada cercanía al rey se veía como un acto de irreverencia.¹

Después de cambiarse algunas palabras y de obsequiarse recíprocamente, Cortés con un collar de cuentas de vidrio que puso al cuello de Moctezuma, éste con una soga que contenía cangrejos pequeños de oro, que fueron en aquel tiempo admiración de España, indicaron su camino al ejército que se dirigió y alojó en el suntuoso palacio de Axayacatl: allí los esperaba Moctezuma; dijo á Cortés que estaba en su propia casa y se retiró, dejándolo en posesión de ella.

El suntuoso palacio podía contener hasta siete mil personas, Cortés concentró allí su ejército, distribuyó sus fuerzas, abocó sus cañones como le pareció más conveniente, y se puso en actitud de defensa, como si temiera ser atacado.

¹ Este encuentro se verificó frente al lugar en que está hoy la entrada del Hospital de Jesús.

Los nobles mexicanos sirvieron á Cortés un banquete magnífico, y al mismo tiempo distribuyeron abundantes víveres al ejército.

Para solemnizar esta entrada, Cortés mandó hacer con gran aparato una salva de artillería, que llenó de espanto y de asombro á la población.

Esta solemne entrada se verificó el 8 de Noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de Cortés al país de Anáhuac.

LECCION SEXTA

Insta Cortés por el reconocimiento de su rey y sumisión á su religión.—Anuencia de Moctezuma á lo primero; resistencia á lo segundo.—Cortés reconoce la superioridad de fuerzas de Moctezuma.—Síntomas de rebelión.—Capilla á la Virgen.—Tesoro.—Muerte de Escalante.—Cortés manda quemar vivos á los que lo mataron.—Prisión de Moctezuma en el cuartel de los españoles.—Alarmas.—Arribo de Narvaez á Veracruz.—Marcha Cortés á combatirlo, dejando á Alvarado en su lugar.—Matanza espantosa ordenada por Alvarado.—Furor de los indios.—Victoria de Cortés sobre Narvaez.—Vuelve á México.—Escasez de víveres.

Posesionados los conquistadores y sus aliados del palacio de Axayacatl; distribuidos sus guardias; prevenido Cortés para evitar una sorpresa, dedicó su atención á abrirse paso en el ánimo del monarca, y á conseguir, ya por la astucia, ya por la mal encubierta amenaza, robustecerse, haciendo de Moctezuma el primero de los instrumentos de su conquista.

Pero en las varias pláticas que en las frecuentes visitas á Moctezuma empeñaba Cortés, notó que reconocía este monarca al poderoso rey de los blancos, se allanaba á prestarle obediencia y rendirle tributo; pero en cuanto á soportar ajeno mando, lo mismo que en cuanto al cambio de religión, pudo percibir obstáculos invencibles para la realización de sus miras.

Frecuentemente emprendía Cortés pláticas sobre la excelencias de sus creencias; aventuraba la idea de sustituir la cruz á los ídolos, y de exponer en los altares la imagen de la Virgen María; pero unas veces la evasiva y otras la repulsa, frustraban los designios de Cortés.

En cambio, Moctezuma, afable en alto grado, dadivoso hasta rayar en la prodigalidad, llenaba de regalos á oficiales y soldados, irritando con esto su codicia y empeñándolos más en su temeraria empresa.

Pero si tales estímulos eran en alto grado poderosos, palpaban los peligros que de todas partes los rodeaban, y al tender la vista á su derredor, se encontraban con el peligro de perecer antes de dar fin á su intento temerario.

Al reconocer la ciudad, inmensamente poblada, con sus blancas casas de piedra, sus elevados templos, sus mil puentes, los fosos profundos que en todas direcciones cruzaban, median la cortedad de sus fuerzas, conocían lo inútil de su caballería y se persuadían de su inferioridad, al extremo que algunos historiadores dicen que si hubiese arrojado una sola piedra cada uno de los que, como enemigos, rodeaban á Cortés, habría sido bastante para desaparecer al conquistador y á sus aliados.

En tales circunstancias, comenzaron á notar los españoles síntomas de sorda pero tremenda hostilidad: ya resentían cierta escasez de víveres, que se disculpaba malamente; ya veían algunos sospechosos reconociendo los muros en son de amenaza; ya sabían que por Ixtapalapan, Tacuba y Atzacotalco se levantaban fuerzas proclamando la muerte de los extranjeros sus enemigos y enemigos de sus dioses.

Cortés seguía visitando á Moctezuma, recibiendo obsequios de joyas de sus propias hijas, é instando por la propagación su creencia.

Logró en estas entrevistas se le permitiese construir dentro de su palacio una capilla en que colocó la imagen de Nuestra Señora, se dijo misa y se practicaban actos de devoción.

Cuando estaban en la construcción de la capilla en uno de los muros sonó hueco; acudieron á inspeccionar los españoles, y encontraron una puerta tapada. Abriéronla, y se ostentaron á sus ojos parte de los tesoros de Axayacatl: oro en profusión y piedras preciosas, primorosos tejidos y mosaicos de encantadora belleza.

Atónitos los conquistadores con aquel descubrimiento mágico, dieron cuenta á Cortés, quien mandó cubrir la puerta como antes estaba, no sin aprovechar la ocasión de hacer com-

prender á sus compañeros la rica recompensa que esperaba á sus rudos afanes.

Como hemos dicho, luchaban entre los más encontrados afectos los españoles, cuando Cortés se cercioró de la noticia del ataque á los de Zempoala y de la derrota y muerte de Escalante.

Algunos dicen que en esa refriega cogieron á un español vivo, lo sacrificaron, le cortaron la cabeza y la pasearon en triunfo, desmintiendo la pretendida inmortalidad de los españoles.

Cortés estaba persuadido de que por instigación de los mexicanos se cometieron semejantes atentados, que le ponían en evidente riesgo de perecer.

Hizo presente á Moctezuma su enojo y le urgió para que entregase á los culpables; el débil monarca condescendió con esta exigencia; aprehendieron y pusieron á disposición de Cortés á los acusados como reos de la muerte de Escalante, y el bárbaro conquistador los mandó quemar vivos y refinó los tormentos de los que con motivo de la acusación cayeron en sus manos.

La sangre incendia; aquellas ejecuciones despertaron en las almas el dormido patriotismo, y las hostilidades se hicieron más visibles y resueltas.

Cortés midió la profundidad del abismo abierto á sus pies, y tomó consejo de la propia desesperación.

Resolvióse á aprehender á Moctezuma, llevarlo á su palacio y tenerlo en rehenes de su seguridad.

Aprovechó un día de entrevista, fué á su palacio con hombres escogidos y perfectamente armados, como lo estaban siempre aun para dormir.

El descuidado monarca agasajó más que nunca á su alevoso amigo, y éste, diestro pérfido, le hizo presente la conveniencia de que se fuese á vivir con él llenándole de atenciones.

Moctezuma cedió á aquella prisión inícuca y pasó al palacio de Cortés en unión de sus sobrinos Cuitlahuatzin y Cuauhtemotzin, donde le pusieron bajo la vigilancia de fuertes guardias.

Apenas se propagó la noticia de la acción temeraria de Cortés, cuando estalló el rencor y se hizo sensible el rompimiento.

Moctezuma procuraba calmar los ánimos, diciendo que por su voluntad estaba al lado de Cortés; haciendo allí su despa-

cho y dando desde allí sus órdenes; pero esto no calmaba á la multitud, que llegaba en oleadas hasta los muros del palacio en que estaba Cortés, pidiendo á grito herido la libertad de su rey.

Aunque Moctezuma aparentaba gran conformidad, tenía sin embargo, el resentimiento en el corazón y la negra tristeza en el alma. En una de las veces que se le expuso para que calmase á sus súbditos, quiso precipitarse de la altura en que se encontraba, pero le contuvieron sus custodios.

Alarmados estaban los conquistadores con la certeza de un pronto rompimiento, cuando un correo secreto trajo á Cortés la fatal nueva de que en el puerto de Veracruz se habían avistado diez y ocho bajeles, numerosas tropas y trenes de guerra, al mando del valiente Pánfilo de Narvaez, enviado por Velázquez.

Cuando la muerte de Escalante, envió Cortés á que lo sustituyera, á Sandoval, uno de sus más expertos é intrépidos capitanes, quien confirmó con su fidelidad y denuedo lo acertado del nombramiento.

Aparentemente las cosas estaban en la mayor calma. Moctezuma parecía resignado en su prisión; alentaba los juegos de los españoles, les regalaba sin cesar, protegía á algunos, especialmente á Orteguilla, á Ojeda y otros, y aun parecía mezclarse en sus juegos y que se iniciaba en sus costumbres.

A la noticia de la llegada de Narvaez, Cortés fingió una ocupación imprescindible en Zempoala, y fué allí con algunas fuerzas dejando reencargado á Moctezuma, y dando instrucciones para que mantuviesen aquella difícil situación mientras él volvía.

Como dijimos, partió para Zempoala al encuentro de Narvaez.

Este desembarcó, posesionóse de una parte de la costa, componiéndose su fuerza, como indicamos, de diez y ocho buques, dos mil hombres, regular artillería y las correspondientes provisiones de guerra.

Cortés, sin pérdida de momento, con profundo secreto y cautela, de acuerdo con Sandoval, que en esta emergencia prestó los más importantes servicios, cayó de improviso con sus pocas pero resueltas fuerzas sobre Narvaez, al que hirió y apre-

só, poniéndole grillos; hizo en sus tropas horrorosos estragos, sometiéndolas al fin, halagando á los que se le mostraban edictos, y haciéndose de buques, tropas y refuerzo con que volvió á México triunfante y poderoso.

Entretanto en México quedó Alvarado al frente de sólo ciento cuarenta españoles y de los indios sus aliados. Durante una fiesta de Huitzilopochtli, multitud de indios entraron al patio del palacio en que se hallaba Moctezuma, danzando y entregándose al regocijo; y sea que Alvarado temiese el alboroto, sea, como otros afirman, por apoderarse de las alhajas que ostentaban muchos concurrentes, cargó sobre ellos, cebándose como tigre y produciendo una mortandad horrible entre aquella gente confiada é indefensa. Enfurecido el pueblo por tan negra traición, atacó á los enemigos destruyendo parte del muro del edificio en que se hallaban; rechazados con mucha pérdida, dieron otro y otro asalto, dejando montones de cadáveres entre lagos de sangre. Qumaron las canoas que tenían los españoles y abrieron al rededor de su palacio un ancho y profundo foso, intentado sitiar por hambre al enemigo.

Sabedor Cortés de tan graves sucesos, apresuró su marcha con el refuerzo que le habia dado la victoria sobre Narvaez, llegó á México, aprehendió á Alvarado, mostróse severo con Moctezuma y ocupó algunos edificios del recinto del templo mayor, próximos á sus cuarteles.

Como la escasez de víveres se habia hecho notable, quejóse de ello á Moctezuma, y éste dijo que no se podrian conseguir mientras estuviesen presos los principales personajes del imperio.

De resultas de esto, obtuvo libertad Cuitlahuatzin para procurar provisiones.

Cuitlahuatzin era un jóven lleno de talento y de bravura, patriota hasta la heroicidad, y resuelto como ningun otro guerrero mexicano.

Luego que consiguió la libertad, se puso á la cabeza del levantamiento del pueblo, y lanzó el grito de vencer ó morir.

Después de la llegada de Cortés, diarios y frecuentes fueron los combates, haciéndose hecatombes horrorosas, incendiándose templos y multitud de casas, y volviendo de estos

horribles encuentros y derrota dispersos los españoles á sus cuarteles.

Entre los más terribles combates, se cuenta, cuando se incendió el templo mayor, que parecía que en inmensa hoguera se había convertido la gran ciudad.

Agotados los víveres, más y más alentados los mexicanos, habían logrado á costa de miles de vidas, hacer sensible su superioridad: Cortés resolvió abandonar el campo y salir de la ciudad en el más profundo silencio y con todas las precauciones posibles.

LECCION SETIMA

Combate del templo.—Muerte de Moctezuma.—Son rechazados los españoles.—Asciende Cortés.—Incendio.—Noche.—Incendio de casas.—Salida de Ixtapalapan.—Armisticio.—Honores á Moctezuma.—Salida el 1º de Julio.—Marcha Sandeal á la vanguardia.—Alvarado á la retaguardia.—Tropas de Tlaxcala, Cholula y Zempoala.—Pintura del Combate.—Primer foso.—Segundo foso.—Salto de Alvarado.—Mueren 450 españoles.—Mueren todos los cholultecas.—Pérdida de la artillería.—Muere V. de Leon.—Popotla.—Llanto de Cortés

Los combates se sucedían: el foso abierto al rededor de la mansión de Cortés, que hacía resentir á los españoles los horrores del hambre, y la buena posición que habían tomado los indios desde el templo mayor que dominaba los cuarteles en que estaban las tropas de Cortés, todo hacia que el conflicto para éste tócase sus últimos extremos.

Acosado así por su situación, pero muy léjos de dar cabida en su pecho al desaliento, resolvió apoderarse del templo y emprendió con lo más escogido de sus soldados la acción temeraria.

Ya recordamos el patio del templo, compuesto de piedrecitas tan tersas y bruñidas como si fueran planchas de mármol; en nuestra memoria deben representarse aquellos cinco pisos con sus elevadas escaleras, dispuestas de tal modo que se tenía que rodear todo el edificio para el ascenso y descenso.

Como decia, se emprendió el ataque: una nube de piedras y

de flechas recibió á los españoles: el templo parecía animado y moverse como un monstruo de millares de cabezas y de brazos. Llenos de desesperación los españoles, se esfuerzan por ascender, y al fin son rechazados con pérdidas horribles. Cortés, que presenciaba este descalabro, hizo un nuevo esfuerzo; púsose al frente de las tropas, embrazó su rodela, empuñó su espada y ascendió con temeridad: los indios resistían palmo á palmo; se disputaba el terreno, descendiendo á raudales la sangre y cubriéndose de cadáveres el suelo: algunos se precipitaban de uno á otro piso para despeñarse abrazados de sus enemigos. En medio de la refriega se levantó la llama y quedó el edificio gigante convertido en inmensa hoguera que reproducían las aguas de los canales y de los lagos, hoguera de entre cuyas llamas salían lamentos y gritos que parecía que brotaban de un infierno.

Aunque al fin victorioso Cortés en este encuentro espantoso, quedó tan mal parado, que entró en serias deliberaciones con algunos de sus capitanes sobre el partido que se necesitaba tomar.

En uno de los más serios ataques á la habitación de Cortés, Moctezuma, por sus instancias, había salido á la azotea del palacio á arengar á su pueblo; pero éste, léjos sosegarse, le llenó de improperios y le lanzó piedras y flechas en medio de un borrascoso tumulto.

Una de las mil piedras que lanzaron contra Moctezuma, le irió en la sien. El monarca se sintió hondamente apesadumbrado, rehusando todo auxilio y resistiendo toda curación; porque mostró la decisión de no sobrevivir á la afrenta de que se le había cubierto con aquel ultraje.

Después de tres días de agonía que sobrellevó el monarca mexicano con estóica resignación, murió asesinado por los españoles, según unos; pero lo niegan otros. Esto no lo menciona Bernal Diaz del Castillo.

La lucha siguió con encarnizamiento; Cortés se resolvió á abandonar la ciudad, preparando su salida por la amplia calzada de Ixtapalapan, pero á las primeras indicaciones de su intento se despertó el furor de los mexicanos y se renovó la lucha á muerte de los días anteriores: logró, sin embargo, el

conquistador penetrar hasta uno de los puentes, empeñando lances terribles.

Diéronse señales de que se quería un armisticio y se acordó éste. En él pidieron los indios á Cortés el cuerpo de Motezuma para hacerle los honores fúnebres, como lo verificaron, sepultando el cadáver en Chapultepec, segun las tradiciones más acreditadas.

Aquella tregua fué momentánea; los ataques se repitieron con mayor ardor, comenzando los incendios notables, y al fin los españoles determinaron salir una noche, que fué la del 1º de Julio de 1520.

Ordenóse con el mayor cuidado la marcha de las tropas; ocupó la vanguardia el intrépido Sandoval, la retaguardia Pedro de Alvarado, al centro los heridos y las tropas aliadas.

Después de separados los caudales del rey, que se decidió á llevar Cortés, repartió entre sus tropas y aliados las riquezas inmensas del palacio que iba á desocupar.

Señalóse para la marcha la via recta de Tacuba.

Apenas dieron los primeros pasos los españoles fuera del palacio, como un mar inmenso se agitó la ciudad entera, rompiendo los puentes, defendiendo los fosos, cayendo como una avalancha sobre los españoles; éstos se defendían hundiéndose en las aguas, atropellando en las calzadas con su caballería á sus enemigos, derramando por todas partes la muerte en el colmo del furor y la desesperación: oíanse en las tinieblas gritos espantosos y lamentos desgarradores; hombres con hachas corrian en todos sentidos dando al campo el aspecto de una insurrección de furias. Estalla el incendio, la llama se propaga, y en calzadas y fosos y puentes se ostenta la matanza con todo el lujo de la rabia y la desesperación.

Habían pasado el primer foso los españoles con grandes pérdidas; en el segundo, fué tan espantosa la carnicería, que los cadáveres cegaron el foso, al punto de que pudo pasar fácilmente la retaguardia.

Según la tradición, en el tramo que existe entre la iglesia de San Hipólito y lo que se llama "Puente de Alvarado," en el lugar que ocupa el Tivoli del Eliseo, frente al número 4 de esa

calle, fué lo más encarnizado de la pelea. Ardían las casas, corría á torrentes la sangre, hombres y caballos se ahogaban en las acequias y en los fosos: muertos los cholultecas, perdida la artillería, fuera de combate más de la mitad de las fuerzas de Cortés, pues habían perecido más de 400 hombres, y siendo mucho el número de heridos, Alvarado hizo un esfuerzo supremo; protegió hasta el último trance la retirada de sus tropas, y se salvó merced al supuesto salto prodigioso que inmortalizó el lugar de sus más heroicas hazañas, y tiene hoy el nombre de *El Salto de Alvarado*.

Cortés, que había acudido á todos los peligros, que se había centuplicado, alentando á unos; salvando á los otros, y derramando á su paso la muerte y el terror, emprendió el camino entre los restos de su ejército, en medio de los horrores de la más completa derrota.

Hizo alto en Popotla, y dicen que se sentó en una piedra, como anonadado por el infortunio. Los soldados que osaron acercarsele, dicen que por la primera vez le vieron llorar.

Esa tremenda jornada conserva en la Historia el nombre de *Noche Triste*.

LECCION OCTAVA

Sálvanse algunos amigos de Cortés —No les persiguen los indios.—Se vuelven, limpian los fosos y queman los cadáveres.—Marchan á Tlacopan —Persecución —Los Remedios, ó sea el Socorro.—Fortificación y descanso.—A Tlaxcala por Cuautitlán.—Citlaltepec.—Xoloc y Zacamoleo.—Comida de caballo.—Tlaxcaltecas.—Llanura de Tonampoco.—Ejército de Otompan y Calpulalpan.—Grave conflicto.—Habla Cortés.—Batalla que duró cuatro horas.—Cihuacatzin.—Red de oro en la punta de una lanza.—Sandoval, Alvarado, Olid y Avila le guardan la espalda.—Juan de Salamanca.—Derrota.—María de Estrada.—Mexicatzin.—7 de Julio.—Tlaxcala

En la honda pena en que hemos descrito á Cortés con motivo de la espantosa derrota, le consoló la presencia de Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid, Avila y Lugo, sus intérpretes

Aguilar y D^a Marina, y su ingenioso Martín López, personas en quienes tenía cifradas sus esperanzas para llevar á cabo su conquista.

De Popotla tomó Cortés, con los destrozados restos de su ejército, el rumbo de Tacuba, y pudo hacerlo, porque los mexicanos, luego que sus enemigos salvaron el último foso, retrocedieron á la ciudad y se ocuparon en reparar sus puentes limpiar sus fosos y quemar los cadáveres antes de que se inficionase el aire. A esta marcha retrograda de las fuerzas mexicanas debieron los españoles su salvación y se debe la consumación de la conquista.

Pero apenas los pueblos cercanos á Tlacopan percibieron aquella marcha, se lanzaron sobre los españoles, que, dispersos, heridos, maltratados y hambrientos, hacian esfuerzos sobrehumanos para resistir los combates de sus enemigos.

Así tomaron el rumbo de Occidente y lograron apoderarse de un pequeño monte llamado Otoncalpolco, donde había un templo en que se guarecieron. En ese lugar está hoy el santuario de "Los Remedios" ó "El Socorro," como se llamó en un principio.

Fortificáronse los españoles en el templo descrito; pudieron cobrar algun descanso, defendiéndose de sus enemigos con menos fatigas, y al día siguiente emprendieron la marcha buscando Tlaxcala, lugar que podia brindarles hospitalidad.

Tocaron en su camino, siempre perseguidos por los pueblos de Tacuba, Atzacapotzalco, Teotihuacan y otros, por Cuautitlán, Citlaltepec, que ha desaparecido, Xoloc, de incierto recuerdo, y Zacamolco, de cuya situación no hay noticia.

En este último pueblo, en medio de la fatiga y de las penalidades mil que padecian los conquistadores, se hizo sentir el hambre tan profundamente, que vieron como promesa de banquete la muerte de un caballo; y los taxcaltecas llenos de desesperación, se arrojaron al suelo mordiendo la yerba, y prorrumpiendo en imprecaciones contra sus dioses.

Al día siguiente de estas escenas, desde la cima de un cerro que atravesaban, distinguieron los españoles en una inmensa llanura llamada Tonampoco, á corta distancia de Otompa, un

numerosísimo ejército con sus estandartes, su aparato amenazador y sus horribles gritos de venganza.

Algunos autores afirman que aquel ejército seria de 200,000 hombres; otros, más cautos, cuentan con las exageraciones del temor: de todas maneras, la presión simplemente del número bastaba para anodar á los conquistadores. Los españoles creyeron llegado el último momento de su vida. Notó Cortés impresión tan desfavorable, y dirigió la palabra á sus tropas.

«No queda más arbitrio—les dijo en voz entera y ánimo esforzado—que vencer ó morir. ¿Por qué temer? Dios que nos ha conservado hasta hoy en medio de tantos peligros ¿ha perdidido el poder de salvarnos?»

Empeñóse la batalla sangrienta.

Durante cuatro horas permaneció indecisa la victoria, mientras empezaba la matanza y se renovaban en cada palmo de tierra horrores sin cuento. Casi vencidos los españoles, rendidos sus brazos, embotadas sus armas y á punto de sucumbir, se ocurrió á Cortés jugar el todo por el todo, internándose al corazón del ejército enemigo y apoderándose del caudillo Cihuacatzin que se distinguía en el centro de él en sus magníficas andas, con su rico vestido y su penacho de plumas, y á su lado su estandarte, que consistía en una red de oro colgada en la punta de una lanza.

Ordenó Cortés á sus generales Alvarado, Olid y Avila, que le guardaran la espalda, y arremetió con algunos soldados escogidos. Su empuje fué tremendo: arrollaba cuanto se oponía á su paso, no obstante la feroz resistencia que encontraba; así llegó al jefe mexicano, á quien derribó de las andas de un lanzazo. Apenas hubo caído, Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontó rápido de su caballo, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole su penacho se lo presentó á Cortés. Aquella fué la señal de la victoria para los españoles, que alentados por el desorden en que vieron á sus contrarios, les persiguieron con encarnizamiento, haciendo en ellos grandes estragos.

Sin duda alguna este fué uno de los triunfos más señalados y trascendentales de los españoles; la Historia ensalza en esa

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

acción el ardimiento de Cortés, el denuedo de Sandoval, á una mujer, Maria Estrada, que peleó como los más valientes soldados, y á Mexicatzin, que recibió despues las aguas del bautismo y en él el nombre de D. Antonio; se hizo célebre, tanto por su valor, cuanto por haber vivido 130 años.

Las pérdidas de los mexicanos fueron espantosas. Perecieron muchos españoles, y casi en su totalidad el ejército tlaxcalteca.

Cansados de perseguir á los dispersos de Otompan, se retiraron los españoles á Tlaxcala, reducido su número á 440 hombres.

Todos los prisioneros que tanto en la *Noche Triste* como despues hicieron los mexicanos, incluyendo en ellos cien españoles, fueron horriblemente sacrificados en el templo mayor de México.

El 8 de Julio de 1520 entraron en Tlaxcala los españoles dando gracias al cielo por encontrarse en tierra amiga, donde recibieron consuelos, atenciones y solícitos cuidados, mostrándose los españoles profundamente reconocidos á aquella República, su aliada y salvadora.

Mientras los españoles descansan de sus fatigas en Tlaxcala, volvamos la vista á los mexicanos.

Apesar de los estragos sufridos, bastantes por sí solos para aniquilarlos, la guerra civil los devoraba, ocurriendo matanzas de hermanos contra hermanos, y despedazándoles la anarquía.

Por un esfuerzo de la misma desesperación pensaron en un jefe que los condujese en aquella extremidad, y fué elegido rey Cuitlahuatzin, que como hemos dicho, se hallaba al frente de las tropas en la *Noche Triste*.

Como sabemos, Cuitlahuatzin, Señor de Ixtapalapan, era hermano de Moctezumá. Sabio, valiente hasta la temeridad, magnífico en su porte, simpático por su amor á las artes y por su índole generosa.

Luego que tomó Cuitlahuatzin posesión del mundo, reparó las fortificaciones y los templos, se dedicó á pacificar á sus súbditos y envió embajadores á los tlaxcaltecas con suntuosos regalos, procurando su reconciliación.

En el Senado de Tlaxcala se dividieron los ánimos. Xicotencatl se inclinó á los mexicanos decidido; Mexicatzin tomó el partido de los españoles, á tal punto, que en una discusión ardiendo en ira, descargó recios golpes sobre Xicotencatl y le mandó aprehender.

El Senado rechazó las propuestas de los mexicanos, sobre que rompieran los tlaxcaltecas su alianza con los españoles, quienes luego que supieron la conducta de Mexicatzin se le mostraron profundamente agradecidos.

Los españoles ganaban terreno en el corazón de los tlaxcaltecas; cuatro jefes de la República: Mexicatzin, Xicotencatl el viejo, Tlehuizolotzin y Citlalpopoca recibieron las aguas del bautismo, y con ellas los nombres de D. Lorenzo, D. Vicente, D. Gonzalo y D. Bartolomé.

A pesar de las ventajas, la disminución de sus tropas, sus enfermedades, la pérdida de los tesoros adquiridos y la presencia de un riesgo tan inminente, hizo que se presentaran síntomas de descontento, y este fué un trance congojoso para Cortés.

Apresúrase diestro á ahogar aquella conspiración; pintó á sus tropas una perspectiva risueña, y fué tan diestro á la par que tan enérgico, que conjuró esta tan terrible tempestad.

Algunos pueblos indígenas que se habian aliado á Cortés, al ver sus desgracias, se convirtieron en sus más ardientes enemigos. Entre ellos se distinguian los de Tepeyacac, hoy Tepeaca, al punto que obligaron al conquistador á hacer una salida contra ellos.

Xicotencatl el joven, arrepentido de la conducta que habia observado con Cortés, le ofreció sus servicios contra los de Tepeyacac, y éste los aceptó poniéndolo en libertad.

Reuniéronse á Cortés, al emprender estas expediciones, como 150,000 aliados, y recorrió victorioso, despues de varios encuentros, Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos, fundando en Tepeaca la ciudad de *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á nombrar magistrados españoles. Carlos V le concedió honores de ciudad en 1545, y cuando escribió Clavijero pertenecía al marqués del Valle.